

# Recepción televisiva en la adolescencia

## Ciclo de vida y gramáticas de reconocimiento

Por Mariano Lapuente

---

Instituto de Comunicación y Diseño - Universidad Argentina de la Empresa (INCOD-UADE).

---

### SUMARIO:

Este trabajo, producto de una investigación realizada en el Instituto de Comunicación y Diseño (INCOD) de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), se dirige a describir algunos de los procesos de producción de sentido que guían la selección y preferencia de programas en el telespectador adolescente<sup>1</sup>. Es intención avanzar aquí sobre los modos en que un ciclo de vida ejerce su influencia modalizando y condicionando el encuentro que mantiene con la televisión. Nos interesa describir especialmente el modo en que la adolescencia se convierte en una vía de aproximación al actor que se encuentra en la recepción de medios. Para ello hacemos explícito primero nuestro enfoque, circunscribimos una programación que constituye «la pantalla adolescente de la televisión de aire local de 2008» y nos detenemos en las reglas que la adolescencia activa en la recepción de sus programas.

### DESCRIPTORES:

Adolescencia, Televidente, Gramáticas, Semiótica, Selección

### SUMMARY:

This work is part of a study being conducted at the Institute of Design and Communication (INCOD) at the Universidad Argentina de la Empresa (UADE). Its main objective is to describe the processes by which the adolescent selects and consumes TV programs. In this study, it is our goal to provide an understanding of how the cycle of life influences, modulates and conditions the relation that the consumer has with the television. We are particularly interested in the way the adolescent functions, as a way of approaching the consumer in the act of media reception. Our work is focused on the "adolescent screen in local television in 2008" from which we analyze the rules that teenagers activate upon the reception of some of its programs.

### DESCRIPTERS:

Adolescence, TV consumers, Semiotics, Social grammars, Selection



## PRESENTACIÓN

Sostener que el conjunto de medios transmite una gran cantidad de mensajes que ejercen efectos durables e intensos en aquellos que cursan la adolescencia es una constante que comparten detractores como defensores de los medios de comunicación de masas. Para ambos, sin embargo, más difícil se vuelve percibir el fenómeno inverso: que la adolescencia también opera sobre esos discursos y por tanto ajusta un lugar y un alcance a los medios. Me propongo realizar observaciones que recorren dos ejes diferenciados pero que sin duda se articulan: a) descripción de la adolescencia como ciclo de vida que impone sus lógicas semióticas en su encuentro con lo televisivo, y b) descripción de reglas que rigen parte de los mecanismos que dan lugar a la selección y preferencia de programas de consumo adolescente. Acercarse al estudio de cómo un ciclo de vida impone reglas al sistema de medios por un lado, y cómo esas reglas activan operaciones de discriminación de la oferta televisiva por otro, constituyen las dos vías de indagación que se exploran en el presente trabajo de aproximación al vínculo que mantienen televisión y adolescencia.

Los resultados que aquí se presentan derivan de tres fuentes que integran técnicas cualitativas y cuantitativas. Estas consistieron en un relevamiento de programas de consumo efectivamente adolescente por medio de una guía de pautas a 120 estudiantes, de 16 a 19 años, de instituciones públicas y privadas. Un corpus de discursos de adolescentes obtenido en reuniones grupales, con la misma franja etaria, con 24 casos de ambos sexo, reuniones que estuvieron alineadas con la técnica de focus groups, pero que excluyeron la modalidad usual de reclutamiento de los integrantes y el ámbito de realización (las reuniones se realizaron en los propios espacios educativos). Por último datos cuantitativos derivados de una encuesta donde la información fue relevada sobre un

cuestionario semiestructurado, integrado por preguntas cerradas y abiertas. La muestra estuvo integrada por 490 casos, la selección de los mismos fue aleatoria, y la unidad de análisis la constituyó el alumno de 16 a 19 años, estudiante de instituciones públicas y privadas, de colegios secundarios de Capital Federal y primer cordón del conurbano bonaerense. De esta encuesta se hace uso en aquellos casos en que se considera aporta información que, por el valor de compatibilidad que manifiesta, permite discriminar en el conjunto contemplado de consumo adolescente un programa en relación a otro.

En lo que sigue me limito a describir, algunas gramáticas vinculadas con la elección de algunos programas. Más que dar cuenta de las variaciones que se encuentran en la recepción de un mismo producto discursivo, priorizo la búsqueda de gramáticas que muestran la presencia común de la adolescencia activada en su vínculo con la televisión, y relego para otro trabajo, las diferencias en que esa misma adolescencia incurre como variaciones de lecturas particulares frente a un mismo programa.

Las consideraciones que se realizan a continuación, deben entenderse como producto de un ejercicio que se destina a explorar la siguiente hipótesis: el modo en que la sociedad gestiona el curso vital de sus miembros afecta y modaliza el vínculo que los medios mantienen con sus audiencias. De este modo se sostiene que los ciclos de vida como regímenes que organizan la vida, imponen y dan forma a lógicas, necesidades, ritmos y rutinas diarias, gustos y prácticas, que estructuran parcialmente el contacto con los medios y las representaciones que allí se originan.

### SOBRE LA PERSPECTIVA SEMIÓTICA ELEGIDA

Para avanzar en la descripción del encuentro que mantienen televisión y adolescencia me gustaría hacer primero algunas observaciones sobre el modo en

que pienso ese encuentro. Como lo anticipa el título, me guío por la teoría y metodología propuestas en la Teoría de los Discursos Sociales elaborada por Eliseo Verón<sup>2</sup>. En un reciente artículo escrito conjuntamente con Jean-Jacques Boutaud, Verón se centra en la problemática de los estudios de recepción de medios donde repone las siguientes precisiones sobre las nociones de «gramática de producción» y «gramáticas de reconocimiento»:

“Por un lado, cada producto discursivo es una configuración de trayectorias semióticas posibles, configuración sobredeterminada, por supuesto, por las hipótesis del productor sobre su público-blanco. Por otro lado, cada gramática de reconocimiento puede ser caracterizada como un conjunto de reglas que activan ciertas trayectorias (y sus combinaciones), en detrimento de otras. Estas gramáticas son relativamente estables, pero su campo de aplicación así como sus condiciones, sobrepasan largamente el marco de los discursos mediáticos que nosotros estudiamos en un momento dado.”<sup>3</sup>.

En efecto, por un lado, los programas que conforman la pantalla del adolescente pueden ser comprendidos como productos discursivos que proponen una oferta de sentidos repartidos en múltiples trayectorias semióticas posibles. Cada programa constituye así territorios de sentidos estructurados por una gramática de producción. Ésta, como conjunto de reglas marca la presencia y los límites de estas trayectorias como así también la historia discursiva de las que son su resultado.

Como contrapartida, y por su lado, el estudio de las gramáticas de reconocimiento permite “sintetizar” cuáles de esas trayectorias de sentido son activadas y sometidas a condiciones que reglan la recepción del discurso televisivo. Los medios proponen<sup>4</sup> ciertos recorridos de sentidos, los televidentes activan

algunos de ellos, y los someten a ciertas reglas que definen su recepción dando cuenta de las gramáticas de reconocimiento por las que se encuentran gobernados<sup>5</sup>.

Dentro de esta concepción la adolescencia como ciclo de vida es la responsable de activar ciertos recorridos de sentidos por sobre otros disponibles. Signada por el universo complejo del tránsito de la infancia hacia la adultez, gestada fundamentalmente en las necesidades de las sociedades industriales que exigen una preparación más prolongada antes de asumir los roles del adulto<sup>6</sup>; donde la extensión de la etapa estudiantil<sup>7</sup>, la tendencia al matrimonio luego de los 30 años<sup>8</sup>, la expansión de las relaciones sociales hacia el grupo de iguales<sup>9</sup> junto a los inicios de una vida propia e independiente del grupo familiar<sup>10</sup>, constituyen algunas de sus condiciones sociales de base donde la adolescencia enfrenta lo televisivo de un modo distinto al que lo hacen otros ciclos de vida. Este período del desarrollo humano, no sólo compone una forma que toma el individuo en su crecimiento y curso vital: es también el hecho de una configuración social específica que organiza en parte, y decreta en cierto punto, un tipo singular de relación con el mundo.

Las condiciones a las que se hace referencia entonces pertenecen tanto del orden de lo discursivo como al orden que instala y rige un determinado modo de organización social<sup>11</sup>, que en el caso que interesa, ha dado como producto eso que se conoce como adolescencia. Esto hace intervenir en pos de una explicación satisfactoria de los procesos de producción de sentido condiciones que atraviesan lo discursivo pero no se reducen a él, y sin embargo, también ejercen su fuerza determinante. Verón que se ha referido a esta cuestión de la naturaleza dispar de las condiciones de distintos modos y en distintas oportunidades, en la cita que sigue lo hace en los siguientes términos:

Un aspecto de la asimetría producción/reconocimiento, que es preciso no olvidar, es la heterogeneidad que recubre, en un caso como en el otro, el concepto de 'condiciones'. Tanto en producción como en recepción, las 'condiciones' comportan, entre otras cosas, otros discursos. Pero las reglas "formalizadas" en las gramáticas de producción resultan de las condiciones que son fenómenos del orden de la organización colectiva, ya que los medios son instituciones complejas, que operan en el mercado de los discursos mediáticos, lo que no es el caso de las gramáticas de reconocimiento, que expresan lógicas de los individuos-consumidores. Los colectivos en producción son organizaciones estructuradas en instituciones, aunque los colectivos que la teoría debe conceptualizar en recepción no son, sin duda, ni masas indiferenciadas, ni agrupamientos sometidos a reglas institucionales, sino configuraciones complejas de operaciones semióticas nutridas por lógicas individuales<sup>12</sup>.

Así, los modos en que una sociedad "tramita" sus procesos de producción de sentido están determinados siempre por otros discursos, pero entre otras cosas: en producción, y en el marco de los medios, estas otras cosas tienen que ver con las condiciones que imprime una organización colectiva adoptada por las instituciones que actúan en el mercado de los discursos mediáticos. (Éstas son responsables en la estabilización de sentidos que se encuentran en producción, pues la gestión de operaciones semióticas, por parte de estas instituciones, define su actividad y función social en los medios<sup>13</sup>). En reconocimiento, estas otras cosas, tienen que ver con lógicas individuales que dan forma a operaciones semióticas que regulan la recepción, constituyendo colectivos que, como advierte Verón, "la teoría debe conceptualizar". A partir de esta distinción, lo que viene a postular este trabajo, es que la adolescencia se comporta como

un organizador parcial de esas lógicas individuales: que el modo en que una sociedad gestiona el curso vital de sus miembros establece tendencias, gustos e inclinaciones, por ciertos recorridos televisivos en lugar de otros. Tendencias que entablan no sólo un contacto fuerte con ciertas áreas de la cultura en detrimento de otras (en la adolescencia actual se recorre más internet que un diario de papel, se habita más la ciudad que la propia casa) sino también al interior de una misma área cultural por igual compartida con otros ciclos (la moda vestimentaria por ejemplo hace del cuerpo del adolescente un gozoso laboratorio de experimentación que al adulto le está vedado; si el adulto experimenta y arriesga nunca lo hace con el lujo y la exuberancia de la que puede usufructuar una identidad aún inestable y en plena construcción como la del adolescente). A esta articulación entre sentido y sociedad, entre medio de comunicación y grupo social, entre discurso y vida es a la que intenta dar curso estas reflexiones.

#### LA ADOLESCENCIA EN LA DIACRONÍA DE LA VIDA

Ahora bien, ¿por qué elegir la adolescencia?. De los cinco ciclos de vida que escalonan la existencia (niñez-adolescencia-juventud-adulthood-vejez) la adolescencia quizá sea la que ofrece un lugar destacado para el estudio de los medios en su presencia cotidiana en relación a los ciclos de vida: ella es signo de la última gran etapa de socialización que atraviesa el individuo. Aunque inestable y explosivo, lo que dificulta el análisis, el adolescente por definición se halla más permeable a la ecología de medios que configura nuestra «sociedad mediatizada»<sup>14</sup> y más sensible a sus novedades, presencias y prácticas sociales que soporta. Después de esa etapa crucial que es la niñez, incuestionable en ese fenómeno de antropomorfismo que logra hacer de un organismo en caos un hombre, la adolescencia tal vez pueda ser considerada como el momento de mayor intensidad y

de mayor eficacia de la cultura al introducir sociedad en el cuerpo que somos. Como se sabe, ese proceso de inmersión en la red social, no finaliza sino recién cuando acaba el último día de vida, pero la adultez y la vejez representan en este ordenamiento temporal de la vida los ciclos donde la dinámica, la velocidad y el impacto de esa socialización empiezan a perder sus fuerzas. Los lazos sociales que sujetan al actor social se vuelven menos susceptibles a los cambios y se modifican más bien con grandes esfuerzos.

Por su parte, eso que es la juventud puede entenderse aquí como período de acomodamiento entre las dos curvas del curso vital que así se insinúa: el de la socialización ascendente (niñez-adolescencia) y el de la socialización descendente (adultez-vejez). Unidos, los dos primeros representan el momento en que la socialización se comporta ágil e intensa; los otros, que siguen al "puente" que es la juventud, el momento en que se muestra más lenta y débil. Esto no supone ninguna concepción negativa respecto al par adultez-vejez. No se piensan como ciclos que señalan la decadencia de ningún individuo sino simplemente el hecho de que su lazo con el fluir de la dinámica social se vuelve menos permeable a los cambios. Y aunque el adulto y el viejo no dejan de mostrarse sensibles a las novedades que marcan una época (lo que a veces se expresa con cierto malestar) resultan más reacios a hacer de esos cambios la marca de su ciclo. De hecho, cuando se entra en años el adulto y el viejo expresan que les cuesta más aprender, que se cansan más rápidamente, que ya son de cierto modo: estos signos son muestra de ese proceso que va perdiendo su eficacia y su virulencia.

En la juventud, los medios que sin duda acompañan este proceso, comienzan a estabilizarse y a emplazarse en un lugar de nuestras vidas -no importa cual- del que cada vez es más difícil correrlos: sufrirán variaciones con la llegada de los hijos, con la pérdida o encuentro del trabajo, con el lugar que se le dan a los

gustos de los otros en las negociaciones cotidianas del hogar, con la libertad que se tenga en la gestión de los tiempos individuales<sup>15</sup>, pero no parece que sea fácil que todo el ordenamiento de medios al que el actor social adscribe se conmueva por completo en los ciclos sucesivos.

Si esto es así, si la adolescencia se comporta como una vía saludable para el estudio de la recepción de medios, quizás acá pueda darse un paso hacia el conocimiento de su acople con la televisión. Cuando muchas categorías o nociones parecen cuestionadas por una sospecha de insuficiencia los ciclos de vida parecen estables a pesar de la fragmentación y atomización que caracterizan a la sociedad actual. Si bien los adolescentes no forman un conjunto homogéneo su diversidad puede ser remitida a un campo de factores y problemas que le son comunes. Como señala Montero Rivero "en nuestra sociedad y nuestra época actuales, un adolescente es aquel individuo que, por lo general, económicamente depende aún de sus padres, pero cuyos vínculos afectivos ya no son estrictamente familiares, sino que se extienden hasta el grupo de iguales y personas de otro sexo; un individuo que sigue en el sistema educativo y ha elegido o tendrá que elegir una ocupación; y que se siente miembro de una cultura propia, con modas, hábitos, estilos de vida, preocupaciones, inquietudes y valores propios, que ya no son los de la infancia, pero tampoco los de los adultos"<sup>16</sup>.

Cabe recordar que la adolescencia que se describe no estuvo siempre en la historia de la temporalidad vital del hombre (si su inicio biológico: la pubertad). Ella ha venido con su irrupción a multiplicar los períodos por los que aquel transita: es el emergente de un proceso de industrialización<sup>17</sup> y transformación social que comenzó a fines del siglo XIX y que hoy se extiende a la globalización. Pero mientras hoy se han conmovido y puesto en cuestión las segmentaciones tradicionales de los públicos, dado que "una

sociedad mediatizada es más compleja que aquellas que la han precedido<sup>18</sup>, los ciclos de vidas que se modifican más lentamente quizás ofrezcan un refugio a tanto movimiento y transformación.

#### EN BUSCA DE LA PANTALLA ADOLESCENTE

Como se adelantó, uno de los primeros pasos en la investigación lo compuso el intento por circunscribir la serie de programas que efectivamente constituía el consumo televisivo adolescente. Dada la complejidad de la oferta televisiva que ha venido a traer los servicios pagos de televisión se circunscribió el estudio a la televisión local, y dentro de ese universo, se extrajeron los programas que efectivamente fundan los hábitos de consumo de nuestro segmento dando lugar a lo que se puede denominar «la pantalla adolescente de la televisión de aire local de 2008». Se parte del supuesto que, fuera de los límites de esta pantalla, se hace más difícil rastrear la adolescencia en su contacto con la televisión, al menos, bajo ciertos rasgos que consideramos más o menos seguros. Estos rasgos estuvieron presentes en dos etapas sucesivas de manera de contar con una instancia de elaboración y prueba de indicadores. Precisamos aquí la aproximación a la pantalla adolescente en su momento exploratorio que sirvió de base para la determinación del conjunto de programas que la constituyen.

A través de una guía de pautas, se les pidió a 120 estudiantes que mentalizaran primero la pantalla del televisor en su hogar para luego recorrer imaginariamente el espectro de canales que allí se encontraba (el pasaje por la “totalidad” de canales se repitió en dos oportunidades antes de dar comienzo a las preguntas). Se buscaba de este modo introducir a los jóvenes en una situación próxima a la que habitualmente se encuentran como espectadores televisivos. A continuación, se les pidió que mencionaran los 10 canales más recordados (en casi la totalidad

de los casos la televisión de aire no dejó de aparecer, frecuentemente representada por canal 13 y Telefó primero, después América TV, y mucho más lejos canal 9 y canal 7). Asimismo, cómo el objetivo era construir una primera aproximación a los productos audiovisuales de aire se les pidió que seleccionaran de esas señales tres canales de aire favoritos junto a tres de cable favoritos, para luego indicar los tres programas más vistos en cada uno de ellos<sup>19</sup>. Además, y como intento de jerarquización de su visionado, se les solicitó que distinguieran los programas que veían «ocasionalmente» de los que resultaban «imperdibles», más allá de que por razones prácticas como ser la superposición de horarios con otras actividades cotidianas se vieran en ocasiones privados de su consumo. Cada programa debía ir acompañado de una mínima descripción del por qué lo veían. Por último, se les pidió que cerraran esta serie de respuestas indicando por un lado, qué programas a su juicio no merecían estar en televisión, y por otro, cuáles solían no comentar que veían abiertamente. Los primeros intentaban obtener los programas que “despreciaban”, y los segundos, los que constituían su consumo vergonzante.

Circunscripción de la pantalla de aire adolescente <sup>20</sup>	
• “CQC”	• “Peter Capusotto y sus videos”
• “La Liga”	• “TVR”
• “Telenoche”	• “Don Juan y su bella dama”
• “Policías en acción”	• “Por amor a vos”
• “Casi ángeles”	• “Vidas robadas”
• “Show Match”	• “El muro infernal”
• “Mañanas informales”	• “Intrusos”
• “Duro de domar”	• “Patito feo”
• “RSM”	• “Zapping”
• “Los Simpsons”	• Programas infantiles <sup>21</sup>

Así el estudio exploratorio realizado durante los meses de julio-agosto de 2008 permitió circunscribir y delimitar la pantalla adolescente, pantalla que define entonces la programación que la adolescencia hace suya. De toda la oferta que el aire impone es esta con la que tiene un contacto recurrente, más recordado o más significativo, y que luego la etapa cuantitativa confirmó con preguntas abiertas.

#### CICLO DE VIDA Y GRAMÁTICAS DE RECONOCIMIENTO

Después de delimitar la pantalla de programación sobre la que el adolescente deposita su atención, y el lineamiento teórico que guía este estudio, describo las formas en que ese ciclo de vida que es la adolescencia impone sus reglas en su encuentro con lo televisivo. Aquí sólo tomo algunos programas que se cuentan entre los más y los menos vistos (siempre manteniéndome al interior de la pantalla de los adolescentes) a la espera que esta diferencia sobre los umbrales que fija la frecuencia del contacto con la oferta televisiva y sus productos, ayude a poner de relieve las lógicas de selección y jerarquización propias de la adolescencia.

Cabe señalar que estas gramáticas representadas por lo que denomino (siguiendo un estilo que se encuentra ya en Verón) el «evocador silencioso», el «explorador», el «rastreador», y por último el «frotador», no constituyen, bajo estas figuras, conjuntos de reglas excluyentes para un mismo adolescente. Un mismo adolescente puede conjugar más de una gramática, puede asumir más de una de estas figuras, aunque creo, no suele hacerlo sin restricciones y con absoluta libertad.

#### LA INFANCIA QUE INSISTE CON SU HISTORIA

La primera gramática en la que me detengo es aquella que estabiliza su vínculo en la insistencia de un goce infantil que retorna al adolescente vía la televisión. A este telespectador lo denomino el «evocador

silencioso». La lógica que lo guía es la del «reencuentro con lo ya conocido». Lo que rige esta gramática es la repetición antes que el cambio, es la redundancia antes que la información. Este adolescente busca en la televisión aquel programa que le permita en sus trayectorias semióticas restituir unas prácticas y unos gustos infantiles ya transitados. Son objeto de este televidente programas como «El muro infernal», programas infantiles como «El chavo del Ocho» y dibujos animados. Todos éstos se caracterizan por integrar la lista de sus programas vergonzantes, lo que explica el silencio y la no publicidad que envuelve su consumo<sup>22</sup>.

Estas emisiones que vienen a ocupar un lugar marginal pero persistente en el conjunto de programas que definen su pantalla, ligan al adolescente con experiencias y gustos expectatoriales producto de sus primeros contactos con el medio televisivo. Programas como «El Chavo del Ocho» o dibujos animados sujetan al adolescente desde una memoria que se actualiza en cada emisión. En esta línea los programas predilectos del evocador silencioso forman parte de un consumo que se dirige al reencuentro con textos significativos ligados a una infancia recientemente empujada hacia su desaparición. El evocador silencioso compensa sin hacer publicidad los cambios y novedades que revolucionan su presente con redundancia y repetición de una televisión que lo remonta a su pasado, es decir, a sus primeras rutinas televisivas. De este modo, esta infancia que no termina de morir insiste con sus gustos y costumbres guiando las preferencias televisivas.

Pertinente es señalar, que si bien «El muro infernal» es un programa nuevo que no forma parte de lo ya visto en la infancia, el «encuentro con lo ya conocido» no refiere únicamente a productos televisivos del pasado que se actualizan en el presente sino también a emisiones que posibilitan un reencuentro con prácticas, juegos y operaciones que se remontan a la infancia. Así en «El muro infernal», que es un programa de en-

tretenimiento, resulta interesante observar que todo el espectáculo televisivo gira en torno a una diversión y un juego estrechamente ligados a la niñez: el juego con piezas de encastre. El evento del programa lo constituye una enorme plancha móvil de tergopol, es decir, un muro, que se acerca mecánica y automáticamente al participante de la prueba que se encuentra frente. Este muro contiene en su centro un espacio vacío –o varios- con el cual el participante debe mimetizar su cuerpo para cumplir con las formas de los contornos y atravesar el muro evitando caer a la pileta con agua que se encuentra a las espaldas. Este entretenimiento recuerda otro: el recuadro de madera calado con figuras geométricas o de animales con que los niños suelen aprender relaciones de formas al tiempo que luchan con su motricidad todavía rudimentaria. Ese juego de encastre con formas y figuras que lanzaban un desafío a la motricidad del niño cambian en el programa su escala y su materialidad para cobrar dimensiones humanas. Este cambio ya no interpela a una motricidad y un conjunto de operaciones semióticas (de comparación, de oposición, de correspondencias) circunscriptas a las manos sino que se expanden al cuerpo como unidad total: son los cuerpos de carne y hueso los que ahora deben jugar a convertirse en piezas de encastre que encajan en unas formas pre-determinadas e imprevistas que se acercan más o menos velozmente. Convertirse en piezas de encastre, a veces de formas inverosímiles, con que el participante debe mimetizar su cuerpo para tener éxito, constituye el desafío ingenuo y trivial al que asiste el evocador silencioso. Ahora, a escala de su cuerpo nuevo y desafíos que le plantea su motricidad actual. Esta complicidad de superficie, plenamente hedónica que aparece manifiesta en su discurso es parte responsable de la selección de este programa que integra la «pantalla adolescente».

#### LA DUPLICACIÓN DEL ESPACIO URBANO

La segunda gramática de reconocimiento puede ser condensada bajo la figura de un telespectador «explorador». La lógica que lo rige es la de aquel que gana “mundos” gracias a la mediación que cumple la televisión, gracias a que ella le acerca espacios urbanos y sus habitantes de otro modo inaccesibles. Sea porque se encuentra emplazado a distancia de esos mundos que muestra la televisión, sea porque no constituyen parte de sus recorridos habituales -aunque sí de otros adolescentes-, sea porque la televisión los muestra de un modo inexistente por definición fuera del espacio mediático (no hay montaje, guión, edición, musicalización -y sus combinaciones-, fuera de los medios) el explorador se articula con la oferta televisiva que le entrega espacios y sujetos urbanos fuera de su alcance.

El programa típico del explorador está representado por “La Liga”<sup>23</sup>, y es uno de los que más responde a sus expectativas, intereses y necesidades. Fuertemente apoyados en la referencialidad de la no-ficción estos espacios y sus figuras pueden estar representados por: las cárceles y sus presidiarios, la ciudad de los inmigrantes bolivianos y la discriminación, la delincuencia y los barrios marginales, la noche y su prostitución, el mundo del shopping y sus floggers o el mundo de la música con su tipología de identidades (el rolinga, el hevy, el bailantero, el tecno). A todos estos “mundos” los aúna la ciudad, sus identidades y sus prácticas ordinarias: territorios simbólicos que dominan y seducen al explorador.

Estos “mundos” no aparecen de cualquier forma en “La Liga”: con un tema bien definido están estrechamente ligados a la construcción de un relato que frecuentemente toma la forma de una historia de vida o de una tipología de identidades presentadas en un régimen de no-ficción y con un uso de entrevistas siempre en espacios públicos y privados asociados al entrevistado. Estos mundos muchas veces este-

reotipados parecen serle útiles al adolescente en el trazado de una taxonomía social no abstracta, y en la construcción de esta clasificación, los adolescentes destacan entre los recursos retóricos que organizan el texto, la exposición y alternancia de voces que introduce puntos de vistas distintos sobre un mismo problema o tema en el que se centra cada emisión.

Suele decirse después de McLuhan que la explosión de contactos que han venido a traer las tecnologías de comunicación ha encogido el mundo al tamaño de una aldea, pero en realidad el mundo se ha ensanchado: se ha multiplicado exponencialmente en sus figuras y sus espacios gracias a los medios. La televisión sin ser su espejo duplica en “La liga” el espacio social, lo habilita para su tránsito bajo las coordenadas del espacio-tiempo del discurso audiovisual. La importancia de esta duplicación mediológica reside en que conecta con una característica sustancial que define a este actor social: su carácter de sujeto en tránsito. La dinámica de la movilidad contamina en la adolescencia distintos registros donde el mismo adolescente es el punto de encrucijada: de la niñez a la adultez, de la dependencia a la autonomía, de la identidad abierta a la que busca suturas, de la obediencia a las propias decisiones, del estudio a la inserción laboral. En el caso de “La Liga” esta movilidad conecta directamente con el tránsito que lleva del encierro en la casa al descubrimiento de la calle. Si, como señala José Luis Fernández “a partir de cierta escala, es imposible para un ciudadano común conocer exhaustivamente el espacio y la actividad de su ciudad sin la presencia de los medios”<sup>24</sup>, para el adolescente, que se encuentra en pleno descubrimiento de la ciudad y sus habitantes, la televisión se convierte en verdadera enciclopedia visual y sonora de lectura recurrente. “La Liga” para el adolescente parece comportarse como un representante natural de lo que Mauro Wolf observa cuando dice que “la función de la comunicación de masas es la de construir para sus usuarios un «operational map

of de world» (Cohen, 1963: 13), una enciclopedia de conocimientos, actitudes y competencias”<sup>25</sup>.

Lo que caracteriza entonces al explorador, activando su selección y disposición a estos mensajes, parece ser su encuentro con una alteridad y una urbe que en general se le escapan si no es por la televisión. Prueba de eso es, que a pesar de la gran penetración que internet ha tenido en sus hábitos de consumo para el explorador la televisión de aire continúa siendo un lugar dominante en la construcción de lo local: “ves la gente que va a comprar a la Salada o cuando se juntan los floggers ahí en el Abasto, y si no es por la televisión no lo ves en internet”.

#### EL CONFLICTO EN EL FRAGMENTO

La tercera gramática está representada por el «rastreador». Este se rige por una lógica que califico como «sondeo de la línea demarcatoria de la socialización». El rastreador es un entusiasta que recorta aquellos fragmentos o conjuntos de fragmentos donde la televisión pone en escena situaciones conflictivas que se encuentran en los ecos de la partición naturaleza/cultura, esto es: la socialización. Así, el noticiero que informa de un padre que ha mantenido cautiva a su hija y cometido incesto durante años sin que nadie se diera cuenta, el salvazo en vivo a un miembro del jurado por parte de una participante en “Bailando por un sueño”<sup>26</sup> como las soluciones variadas que toma la amistad o las relaciones amorosas en la visagra de la iniciación sexual en una ficción como “Casi Ángeles”, constituyen ejemplos de la clase de trayectorias semióticas que activan el interés del rastreador. Estos territorios significantes, ilustran situaciones que convocan límites. De lo que se trata es de atender a una pantalla que permite descubrir, recorrer, rastrear universos simbólicos ligados a comportamientos reprimidos por la ley social, o al menos, donde esa ley parece actualizar la pregunta por lo censurable. Por ello pequeñas escenas banales y escandalosas típicas de

los que algunos han llamado telebasura<sup>27</sup> también se vuelven referentes habituales de las conversaciones donde los adolescentes discuten y polemizan sobre los límites que guían las conductas.

En los tres casos que sirven de ejemplo, fijados todos con fuerza en la memoria del rastreador, se observa que tanto en la negación sexual de la hija que marca el incesto, en los modos discutidos acerca de lo que es tolerable o pertinente en un comportamiento público presente en un programa de entretenimiento, como en las maneras en que la sociedad regula el galanteo y el desempeño individual en la iniciación de los contactos amorosos, el rastreador atiende y recorre construcciones semióticas que ajustan su sentido sobre lo censurado y lo promovido, que son, si se puede decir así, engranajes de la socialización.

El rastreador tiene dos características claves que lo manifiestan en su discurso. Por un lado, no se autopercebe como un telespectador que se encuentra funcionando en esta modalidad todo el tiempo. No enciende la televisión en busca de estos rastros. Ciertos acontecimientos, ciertos relatos lo activan. Por otro, es típico que sus observaciones no se detengan únicamente en el caso general que en un momento le trae la televisión (con su conflicto, con su componente de acontecimiento o de tensión), sino en sus detalles, en indicios que apuntan al hallazgo de la censura que se expresa en el televisor. De ahí que su atención recaiga sobre fragmentos, sobre detalles. No es un entusiasta de la actividad en sí sino de los juegos de indicios que le interesan y por los que sus observaciones se detienen.

A diferencia de lo que sucede con el explorador, el rastreador se sirve tanto de la ficción como de la no-ficción, tanto del grabado como del directo, pero distinguiéndolos, es decir, reaccionando con sensibilidades distintas a sus posibles combinaciones<sup>28</sup>. De ahí que, sólo por mencionar los extremos de esa combinatoria, ante el régimen de la no-ficción en vivo como en "Bai-

lando por un sueño", el rastreador reacciona ante el salivazo de la participante con el asombro de lo que es real e impredecible propio del directo televisivo. Lo que deja huellas de incredulidad en su discurso semejantes al que por ejemplo lleva a que retengamos, y compartamos luego, una gran anécdota. Por ello, el escándalo del salivazo en vivo se evoca como aquello memorable que irrumpe en la pantalla y que habilita luego de su trivialidad y sin buscarlo una discusión de fondo. Ésta se guiará en los focus groups por la dinámica oscilante de lo permitido y lo no-permitido, de lo justificable y no-justificable, de cuándo o porqué se puede o no otorgar una licencia en el respeto a una regla de conducta.

En el otro extremo de la combinatoria enunciada, en el caso de una ficción en grabado como "Casi Ángeles", el rastreador-usualmente una adolescente- puede reaccionar ante el conjunto de conductas mostradas intermitentemente de dos maneras: una, con el fastidio de lo prefabricado y artificioso, otra, con la fascinación de quien descubre un hecho que no decide ubicar, o bien en el mundo de los posibles reales o bien de los posibles de ficción. No es que niegue la naturaleza ficcional de la que parte, aquella que gusta oponer palabras a hechos o imaginación a realidad: "todas las telenovelas son fantasiosas" puede decir con tono de obviedad. Pero cercano al modo en que se dice que la literatura a veces alcanza a expresar mejor y con mayor claridad lo que la ciencia apenas ha logrado balbucear, el rastreador más bien reacciona con la duda del... «es todo imaginado pero...y si fuera así»; "A veces casi ángeles te deja pensando y decís: 'y si hay gente que realmente es así'. Yo creo que sí". Se debe entender aquí que el explorador suspende, pero no olvida, que la ficción como registro representacional del discurso se encuentra regido por convenciones que fundan un verosímil de género. Pero se dedica a evaluar, su coincidencia o su distancia, de las convenciones culturales que fundan el ve-

rosímil social acerca de lo que se cree efectivamente existente. Estas dos actitudes, la que se toma frente a la no-ficción en directo y la que se toma frente a la ficción en grabado, son prueba de que los regímenes espectatoriales que organizan lo televisivo no les son indiferentes al telespectador adolescente.

#### EL LAZO TELEVISIVO

La última gramática que se describe como resultado de la investigación en su intento por componer las lógicas de los adolescentes consumidores es aquella que estabiliza su vínculo señalando una dimensión de puro y simple contacto con el televisor. A este telespectador lo denomino «el frotador». Son objeto de este televidente programas como “Intrusos”, “Duro de domar” o “RSM” que habilitan un contacto en superficie en su presencia diaria. De modo semejante al de esa señora con la que se habla amistosamente en el colectivo o el vecino con quien se conversa generosamente en la puerta de casa, este televidente somete a la televisión a que cumpla ese mismo rol para él, ese mismo efecto de ligadura conversacional sin rumbo y trivial. Esa especie de “frote social” que podemos describir como desinteresadamente próximo, Jakobson la denominó, en el plano puramente lingüístico, función fática. Ésta aparece en el uso del lenguaje cuando el mensaje se orienta hacia el contacto, es decir, hacia el canal y la conexión psicológica que patentiza un vínculo. Jakobson tomó el nombre prestado precisamente de Malinowski cuando éste describió el parloteo entre los indígenas de las islas trobriand como instrumento de reunión y unión social útil a una actualización de los lazos sociales por medio del lenguaje. Este parloteo, este “frote social”, es característico de estos tres programas, donde se destacan las conversaciones animadas, irónicas, distendidas y fuertemente metonímicas de sus conductores y acompañantes de piso en las que se sumerge el televidente. Estos intercambios animados posibilitan lazos, en este caso con los

medios, que en parte conforman nuestra sociabilidad contemporánea.

A veces estos programas funcionan para el frotador como radio antes que como televisión. Los selecciona entre otros con el fin de ser acompañado por el sonido antes que por la imagen. De hecho, suele consumirlos mientras realiza otras tareas como estudiar o utilizar internet. Estas prácticas son semejante a la que Malinowski describe para emplazar su noción de comunión fática: “Cuando se sienta gente alrededor de la hoguera del pueblo después de concluir su faena cotidiana o cuando charlan para descansar del trabajo, o cuando acompañan un trabajo simplemente manual con un chachareo que no tiene que ver con lo que hacen, es claro que estamos ante otra manera de emplear la lengua, con otro tipo de función del discurso”<sup>29</sup>.

Aquí entonces no se trata para el telespectador adolescente de atender y recortar lo que la televisión tiene para decirle sobre ella misma (como en “Televisión registrada” donde la televisión habla de la televisión) o lo que tiene para decirle sobre el mundo (como en los noticieros televisivos), ni siquiera de escuchar lo que tiene para decirle sobre los adolescentes de los que puede formar parte o con los que puede identificarse (como en “Casi ángeles”). Por el contrario, evitará estos programas, y estas orientaciones. De lo que se trata, es de estar con la televisión, porque el adolescente sabe desde que la enciende que ésta le garantiza estará allí para no dejar de “hablarle”, para comportarse como compañía con actividad propia. Es este automatismo discursivo como horizonte de expectativas lo que asegura el contacto. La novedad que traen medios de comunicación como la TV y la radio, respecto a otros objetos inertes e inorgánicos en el interior de la ecología de objetos que habitan el hogar, es esta posibilidad de mantener con ellos extensos “diálogos” continuados: basta con encenderlos para que entren en funcionamiento y nos conversen, lo que no sucede con los medios gráficos como libros y revis-

tas donde no alcanza con abrirlos para que se echen a andar. Se podría decir, que otros objetos no mediáticos presentes en nuestras casas, como un cenicero o un plato que decora una pared, como una vestimenta a elegir en ocasión de un encuentro social importante, pueden desde cierto punto de vista fenomenológico "decirnos algo", pero sólo con los medios mantenemos verdaderos diálogos que llenan el tiempo y sólo con ellos la semiosis atraviesa, sin perder su carácter social, objetos muertos e inorgánicos.

El frotador busca en la televisión aquel programa que le permita en sus trayectorias semióticas establecer una relación sin implicaciones agudas, sin interpellaciones directas. Lo que le interesa es que la televisión cumpla una función fática destinada a mantenerlo en contacto con el universo mediático, es decir: o bien separado de lo no-mediático que lo rodea o bien en su frontera. Si bien es cierto que este modo de contacto con lo televisivo no es privativo del adolescente se comporta como elemento caracterizante y recurrente del encuentro de la adolescencia con la televisión. La adolescencia es un período donde se está en posesión de un excedente temporal, "hay un plus, un crédito temporal, una «moratoria vital»"<sup>30</sup>, que convierte al frotador en un televidente que selecciona ciertas trayectorias semióticas con el objetivo de llenar ese tiempo que se comporta como sobrante, a veces incómodo, por medio de un contacto distraído en su necesidad de contacto social.

#### EL ADOLESCENTE Y SU ACTIVIDAD SEMIÓTICA TELEVISIVA

Lo que estas cuatro gramáticas vienen a describir es el modo en que la adolescencia procede a recortar, jerarquizar y distinguir programas o fragmentos de programas sometiéndolos a sus necesidades cognitivas y sus intereses. Cada etapa que el sujeto transita, en ese camino que va de la dependencia total y absoluta de los padres a la independencia y responsabilidad de los propios actos, reclama sus propias

preguntas y necesidades, y en consecuencia, sus propios fragmentos televisivos que sirvan a ellos. Estos fragmentos televisivos constituyen el material significativo con los que el adolescente ensaya respuestas distintas a aquellas otras que construye por fuera del contacto con los medios en general y de la televisión en particular. El adolescente, como cualquier otro sujeto, para armar su "visión" del mundo, para reunirlo en una representación más o menos organizada, primero tiene que romperlo, tiene que dislocarlo en su continuidad para de ese acto de fractura hacerse con sus materiales significantes. Es el carácter de esos fragmentos y la naturaleza de las operaciones cognitivas a las que responden lo que revela la participación de la adolescencia en sus condiciones de reconocimiento. El adolescente selecciona trayectorias semióticas del mundo en su estado mediático como no-mediático, y en ambos, los pedazos-de-mundos resultantes, son interpelados por las lógicas de la adolescencia. Ésta, que como ciclo de vida continúa funcionando estando o no la televisión encendida, somete a ambos universos a las mismas inquietudes, las mismas necesidades, las mismas condiciones. Lo que quizás, permita pensar, en la constitución de colectivos que se identifican por estas invariantes que caracterizan sus necesidades semióticas.

Por otra parte, que las gramáticas de reconocimiento sobrepasen "el marco de los discursos mediáticos" como se había señalado con Verón, esto es, que unas mismas reglas se puedan encontrar tanto en contacto con los medios como en contactos donde éstos se encuentran ausentes, no significa que en ambos casos se produzcan los mismos sentidos, las mismas representaciones o ideas. Si la adolescencia somete a la televisión a condiciones que activa también por fuera de ella, se debe a que los resultados que consigue difieren. Si uno y otro espacio de la vida social -el del contacto con los medios y el de los contactos por fuera de ellos- sometidos a las mismas condiciones,

dieran resultados equivalentes, no habría necesidad de que se activaran las mismas reglas en ambos espacios. Estas reglas al estar en contacto con mundos semióticos distintos, como lo son el televisivo y el no televisivo, no generan los mismos resultados. Difieren precisamente por una cuestión de base: el espacio mediático, en este caso el televisivo, se encuentra soportado por una materialidad y una organización semiótica que le es privativa, y por tanto el mundo que soporta difiere radicalmente de aquel otro al que se accede en ausencia de los medios.

Por último, se puede indicar, que los nombres con los que aquí se etiqueta cada una de las gramáticas - «el evocador silencioso», «el explorador», «el rastreador» y «el frotador» -, más allá de la precisión con que puedan ilustrar el conjunto de reglas que reúnen, intentan expresar el carácter activo del espectador televisivo. Cada nombre señala una acción o un tipo de actividad que se realiza en el adolescente en su contacto con el discurso televisivo. Una actividad sobre todo cognitiva, semiótica: que compara, vincula, clasifica, y que a su vez, hace reaccionar al adolescente de modos distintos a la oferta audiovisual total que se encuentra disponible al encender el televisor. De hecho, el adolescente no “ve” todo, y eso ya es una acción de sentido. Ni todo lo que “ve” lo somete a las mismas reglas. Ni siquiera, todo lo que somete a las mismas reglas arroja los mismos resultados: el telespectador «rastreador» a quien lo caracteriza su apego a la búsqueda de índices de socialización en la vidriera de su televisor, reacciona de modos distintos, si lo que está en su televisor se encuentra en grabado o en directo como si se encuentra bajo un régimen de ficción o no-ficción. Al televidente no le da todo igual, y eso se debe a que es un operador semiótico cuya naturaleza es la de la acción de un pensamiento-signo sobre otro pensamiento-signo, como decía Peirce. Esta actividad podrá ser evaluada en sus trayectorias semióticas, y en relación al pensamiento de “lectura”

televisiva del cual estas trayectorias vienen a ser su testimonio, como productora de una ideación refinada o tosca, elaborada o simplista, primitiva o erudita, pero no como muestra de un sujeto dormido, acrítico o autista.

La adolescencia que organiza parcialmente las lógicas de ese pensamiento activa sobre la televisión y sus tramas significantes sus regularidades semióticas. Y fija disposiciones que actúan tanto en la elección como en el orden y jerarquía de los programas. Es esta adolescencia, como fenómeno social que gestiona vida, la que explica que el adolescente se acerque a la ciudad y sus habitantes bajo la modalidad televisiva, distinta a aquella otra que caracteriza sus recorridos gregarios junto a sus pares en las salidas del hogar que definen a su ciclo; que recorte del flujo perceptivo pequeños fragmentos conflictivos con los que evalúa los límites de lo tolerado, de lo permitido y de lo conveniente; que se acompañe con voces estridentes, intercaladas con risas, carcajadas y ocurrencias que lo mantienen sumergido en una sociabilidad bulliciosa y mediatizada (la presencia de paneles con múltiples voces, que discurren en un drenar sin límites, es una constante de los programas del frotador: “Intrusos”, “Duro de domar”, “Resumen de los medios”); como así también, que avance en ese tránsito que va de la niñez a la adultez, oponiendo a los cambios que excitan sus días, el regreso intermitentemente y vergonzante a sus primeras rutinas televisivas: mecanismo compensatorio este que responde al cambio con repetición.

## NOTAS

1. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación llevado a cabo en el Instituto de Comunicación y Diseño (IN-COD) de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), desde mayo de 2008 a mayo de 2009, que lleva por título: Percepción y autopercepción de valores en los medios. Equipo: Mariano Lapuente, Alejandro Gunsberg e Ingrid Westerholz.

2. VERÓN, Eliseo. La semiosis social. Barcelona, Gedisa, 1996.

3. VERÓN, E. y BOUTAUD, J. "Du sujet aux acteurs. La sémiotique ouverte aux interfaces", en *Sémiotique ouverte. Itinéraires sémiotiques en communication*, París, Lavoisier, Hérmes Science, 2007. (Traducción: Gastón Cingolani, para la cátedra de Medios y Políticas de la Comunicación, Área Transdepartamental de Crítica de Artes, Instituto Universitario Nacional del Arte, 2008).

4. Lo de 'proponen' sólo se aplica a aquellas configuraciones de sentido que se encuentran determinadas en última instancia por las técnicas del marketing, las concepciones que tienen los productores sobre sus televidentes, y otros mecanismos de control y de alineación entre la oferta y la demanda que ejerce la industria de la televisión sobre sus productos. Esto, creemos es lo que señala Verón, cuando sostiene que la configuración de trayectorias semióticas que definen a un producto discursivo se encuentra "sobre-determinada, por supuesto, por las hipótesis del productor sobre su público-blanco". Pero no cabe hablar de "propuesta", que tiene una connotación de voluntad e intención en todo ese universo de sentido que por su naturaleza misma siempre escapa a todo control posible.

5. Tanto la selección de ciertas trayectorias, es decir, el hecho de activar ciertos sentidos posibles propuestos desde el discurso-objeto, como el sometimiento de dichas trayectorias a reglas que estabilizan un sentido en recepción, están dominadas por el mismo conjunto de condiciones que fundan una gramática de reconocimiento. La activación de sentidos y su posible "refundación" en recepción dependen de la misma gramática, del mismo conjunto de reglas.

6. HOPKINS, J. *Adolescencia. Años de transición*. Madrid, Pirámide, 1987.

7. MONTERO RIVERO, Yolanda: *Televisión, valores y adolescencia*. Barcelona, Gedisa, 2006.

8. BERRIOS VALENZUELA, L. A. *Estudio Descriptivo sobre la influencia de la sociedad de consumo en los valores y hábitos de los adolescentes de la Provincia de Barcelona*. Tesis Doctoral presentada en la Universidad de Barcelona en el 2007. Recuperado el 13 de octubre de 2008 de: <http://www.tesisenxarxa.net/TDX-0910107-134101/>

9. UNGAR, Virginia. "La tarea clínica con adolescentes hoy" en Rother Hornstein M.C. (Comp.) *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

10. QUIROGA, Susana. *Adolescencia: del goce orgánico al hallazgo del objeto*. Buenos Aires, Eudeba, 2007.

11. En Verón, para ser precisos, el modo de organización que define a una sociedad no está por fuera de lo discursivo, lo integra, pues la articulación entre sociedad y sentido fundan lo discursivo. Pero que uno y otro formen una "unidad", no significa que estos se confundan. Lo social no puede ser reducido a su dimensión significante y la dimensión significante no puede explicarse desligada de los fenómenos sociales que la sustentan. "En el nivel de la discursividad el sentido manifiesta sus determinaciones sociales y los fenómenos sociales develan su dimensión significante". VERÓN, Eliseo. Op. Cit., 1996, p. 126.

12. VERÓN, E. y Boutaud, J. Op. Cit. 2007

13. Internet se vuelve interesante precisamente por esto: por primera vez, las gramáticas de producción de un medio con mensajes a gran escala dejan de estar dominadas por organizaciones estructuradas en instituciones. Cada usuario puede transmitir el mensaje que más le plazca sólo con los límites que le impone un dispositivo técnico y su lenguaje. Se pierde así, parte de las condiciones que instituyen las reglas desplegadas por esas organizaciones. Para integrar ahora, gracias a esa transformación, las lógicas individuales que se encontraban "atrapadas" en reconocimiento. Si antes estas lógicas alcanzaban a actuar en las gramáticas de producción de otros medios (tv, radio, prensa), nunca lo hacían sin la mediación de las instituciones que actúan en el mercado de los medios: consultoras, evaluadoras de rating, productoras, etc.

14. VERÓN, Eliseo: *El cuerpo de las imágenes*, Buenos Aires, Norma, 2001, p.15. Define a la sociedad mediatizada como "aquella donde el funcionamiento de las instituciones, de las prácticas, de los conflictos, de la cultura, comienza a estructurarse en relación directa con la existencia de los medios".

15. BOURDON, Jérôme. "Sobre cierto sentido del tiempo, o de cómo la televisión hace memoria", en *Figuraciones: Memoria del Arte/Memoria de los medios*, revista del área de Crítica de Artes del IUNA, n° 1 y 2, diciembre de 2003. Buenos Aires, Arte Impreso Ediciones. El autor llama la atención, aunque no constituye la parte central de su tema, sobre las modificaciones en el vínculo que mantienen televisión y espectadores a través del tiempo con sus cambios de rutinas, costumbres, y ciclos de vida.
16. MONTERO RIVERO, Yolanda. Op. Cit. p. 35.
17. En esta historia que liga el origen de la adolescencia a las sociedades industriales nos parecen importantes entre otros, la prohibición del trabajo infantil y la educación escolar y universitaria. Ambas se cuentan entre los hechos que concurren a satisfacer necesidades originadas en un estadio de la evolución y crecimiento de esas sociedades. En ese momento, de transformación social producto de la vida de la industria, ésta necesitó trabajar capacidades nuevas en los individuos nuevos que requería. Y no podía hacerlo, por supuesto, sobre un número pequeño y tampoco a cualquier edad: "Para el desarrollo de ciertos caracteres, la condición humana posee un reloj que no es posible adelantar o atrasar caprichosamente" (Le Bretón, 1999: 33) Así, las sociedades industriales respondieron con la generación de un sistema escolar y unos instrumentos jurídicos que se cuentan entre los hechos variados que aportaron lo suyo a la tarea de garantizar las cualidades del hombre que ese sistema de producción a gran escala necesitaba, dando lugar así, a esa novedad también que fue la adolescencia. Desde esta perspectiva, las sociedades industriales se nos muestran causa mientras que la adolescencia se nos muestra efecto en esas soluciones encontradas. Esta idea es la que guía la decisión de trabajar con una población que no responde sólo a una periodización etaria sino también a una ubicación en un espacio clave en el proceso de emergencia de este ciclo de vida: la escuela. Si bien es cierto en la actualidad el aumento de la tasa de deserción escolar, y su resultado el trabajo precoz y/o la errancia social, están transformando junto a otros hechos la adolescencia que conocemos elegimos estudiar aquella adolescencia que aún permanece ligada a uno de los espacios que actuaron en su creación.
18. VERÓN, Eliseo. Op. Cit., 2001, p. 42.
19. La inclusión de los canales y programas de cable en dicha pregunta sólo cumplía la función de evitar anticipar a los adolescentes lo que estábamos buscando.
20. Este conjunto de programas muestra los resultados alcanzados en la etapa exploratoria de esta investigación. De este conjunto se tomaron 14 programas que luego fueron utilizados en la encuesta a 490 estudiantes. Esto permitió que nuestra etapa cuantitativa contara en algunas de sus preguntas con una serie de programas reconocibles y concretos, que a su vez, coincidieran con sus consumos televisivos. La serie de programas que aquí se muestra coincide con pocos desvíos respecto de los mencionados en la encuesta posterior.
21. Los programas infantiles están integrados por una variedad de productos televisivos que van de dibujos animados al Chavo del Ocho.
22. Tanto "El muro infernal" como programas infantiles (sean o no dibujos animados) se posicionan como marginales en su consumo televisivo, pero no han dejado de aparecer en la etapa exploratoria, en las mesas grupales realizadas y en los sitios web visitados. En cuanto a los programas infantiles, el 38% de los encuestados manifiestan que al elegirlos prefieren aquellos que le recuerdan a su infancia.
23. En nuestra encuesta a 490 estudiantes, después de "CQC", La Liga es el programa más visto, que más responde a sus intereses y expectativas, y uno de los mejor percibido en cuanto a los valores positivos que se le asignan. La Liga: unite, así su nombre completo, es un programa semanal de investigaciones unitarias conducido por jóvenes, que se emite desde 2005. Su estilo se define por la hibridación de componentes propios del periodismo "amarillo" y del "serio": del primero toma su carácter antropológico atento a lo micro, el detalle y el trabajo de campo (estar en el terreno es su impronta), y del segundo su carácter más sociológico tendiente a las explicaciones macro y estructurales, más o menos estereotipadas. Para una profundización sobre las diferencias entre estos dos estilos clásicos del periodismo, ver Steimberg, Oscar (1979) "Naturaleza y cultura en el ocaso (triumfal) del periodismo amarillo", VI Congreso Internacional de Semiótica, Guadalajara, México.
24. FERNÁNDEZ, José Luis. "Espacio mediático sobre el espacio urbano", en *Revista LIS Letra. Imagen. Sonido. Ciudad Mediatizada*, Año I, N°1, Buenos Aires, 2008, p. 7.
25. WOLF, Mauro. *La investigación de la comunicación de masas*. Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 291.

26. En una emisión de "Bailando por un sueño" en septiembre del 2008 Sabrina Sabrok, participante del certamen, escupe a Jorge Lafauci (periodista de espectáculos que formaba parte del jurado) por haber dicho que los mexicanos "eran feos". Lo que sucedió unas semanas antes cuando éste era jurado en Bailando por un sueño en su versión internacional realizada en México. "El señor Lafauci fue a México y dijo que todos los mexicanos eran una raza fea. Entonces yo te traigo un mensaje, porque mi marido es mexicano, de parte de México directamente", fueron las palabras de Sabrok y acto seguido lanzó un salvazo al periodista.
27. LÓPEZ TALAVERA, M. y BORDONADO BERMEJO, J. (2007) "Telebasura, ética y derecho: límites a la información de sociedad en televisión". Dialnet: portal de difusión de producción científica hispana. Recuperado el 15 de julio de 2008 de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/extaut?codigo=326250>.
28. Carlón, Mario. "Sujetos telespectadores y memoria social", en Sobre lo televisivo, Buenos Aires, La Crujía, 2004 y "Los sujetos telespectadores ¿son activos o pasivos?", en De lo cinematográfico a lo televisivo. Buenos Aires, La Crujía, 2006. En estos trabajos Mario Carlón ha distinguido cuatro regímenes de expectación televisiva. Estos son el producto de combinaciones posibles -que implican por un lado registros representacionales (ficción/no-ficción) y por otro posibilidades del dispositivo técnico (directo/grabado)- que se ponen en juego en las condiciones de producción de todo discurso televisivo: directo/ficción, directo/no-ficción, grabado/ficción y grabado/no-ficción.
29. BENVENISTE, Émile.: "El aparato formal de la enunciación", en Problemas de lingüística general II, Siglo XXI, México, 1999.
30. MARGULIS, M. y URRESTI, M. La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud. Buenos Aires, Biblos, 1996. pp. 13-30.

## BIBLIOGRAFÍA

- BENVENISTE, Émile.: "El aparato formal de la enunciación", en Problemas de lingüística general II, Siglo XXI, México, 1999.
- BERRIOS VALENZUELA, L. A. Estudio Descriptivo sobre la influencia de la sociedad de consumo en los valores y hábitos de los adolescentes de la Provincia de Barcelona. Tesis Doctoral presentada en la Universidad de Barcelona en el 2007. Recuperado el 13 de octubre de 2008 de: <http://www.tesis.enxarxa.net/TDX-0910107-134101/>
- BOURDON, Jérôme. "Sobre cierto sentido del tiempo, o de cómo la televisión hace memoria", en Figuras: Memoria del Arte/Memoria de los medios, revista del área de Crítica de Artes del IUNA, nº 1 y 2, diciembre de 2003. Buenos Aires, Arte Impreso Ediciones.
- CARLÓN, M. (2004): "Sujetos telespectadores y memoria social", en Sobre lo televisivo: dispositivos, discursos y sujetos. Buenos Aires: La Crujía.
- (2006): De lo cinematográfico a lo televisivo. Metatelevisión, lenguaje y temporalidad. Buenos Aires: La Crujía.
- FERNÁNDEZ, José Luis. "Espacio mediático sobre el espacio urbano", en Revista LIS Letra. Imagen. Sonido. Ciudad Mediatizada, Año I, Nº1, Buenos Aires, 2008, p. 7.
- HOPKINS, J. Adolescencia. Años de transición. Madrid, Pirámide, 1987.
- JAKOBSON, R. (1985). "Lingüística y poética", en Ensayos de lingüística general. Barcelona: Planeta-Agostini.
- LE BRETÓN, D. (1999). Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LÓPEZ TALAVERA, M. y BORDONADO BERMEJO, J. (2007) "Telebasura, ética y derecho: límites a la información de sociedad en televisión". Dialnet: portal de difusión de producción científica hispana. Recuperado el 15 de julio de 2008 de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/extaut?codigo=326250>.
- MARGULIS, M. y URRESTI, M. La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud. Buenos Aires, Biblos, 1996. pp. 13-30.
- MONTERO RIVERO, Yolanda: Televisión, valores y adolescencia. Barcelona, Gedisa, 2006.
- QUIROGA, Susana. Adolescencia: del goce orgánico al hallazgo del objeto. Buenos Aires, Eudeba, 2007.
- UNGAR, Virginia. "La tarea clínica con adolescentes hoy" en

Rother Hornstein M.C. (Comp.) *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

- VERÓN, E. (1997). "De la imagen semiológica a las discursividades" en Veyrat-Masson, I. y Dayan, D. *Espacios públicos en imágenes*. Barcelona: Gedisa.
- (1996). *La semiósis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- (1995) "La mediatización", en *Semiósis de lo ideológico y el poder/La mediatización*. Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC.
- WOLF, Mauro. *La investigación de la comunicación de masas*. Buenos Aires, Paidós, 2007, p. 291.

#### REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

LAPUENTE, Mariano

"Recepción televisiva en la adolescencia. Ciclo de vida y gramáticas de reconocimiento" en *La Trama de la Comunicación, Volumen 14, Anuario del Departamento de Comunicación*. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina. UNR Editora, 2010.